

La muerte de Nona Zoila

Fernando Durán Ayanegui

Detesta a las personas que gastan el tiempo en ver y escuchar telenovelas— comienza a explicarme mi amigo. Yo no tengo apasionamientos sobre el asunto y, sin darme por sorprendida, afirmo que las novelas de la televisión deben de ser, en lo nocivas, comparables a lo sumo a algunos libros de Corín Tellado o de otros autores a quienes no menciono por el mero deseo de no herir susceptibilidades.

—Si —me dice—, es cierto; sin embargo, no puedo dejar de sentir odio por las novelas que transmiten los medios electrónicos de comunicación de masas, como dicen los periodistas. Seguramente se debe a que tengo de cierta telenovela una memoria muy desagradable. Si me lo permitís te cuento...

Aquí, presiento, debí haberlo interrumpido definitivamente, pues éste es de los que, cuando dicen “me permitís que te cuente”, no hacen sino pedir permiso para dar una lata de varias horas; pero, posiblemente a causa del efecto sedante de múltiples cervezas, me abstengo de intervenir y le permito que inicie su historia.

—Así es que te voy a decir cómo murió mi abuela, la Nona Zoila.

—No me vas a salir ahora con la historia de una abuela tan emocionada con los episodios de una novela que acabó por sufrir un infarto y...

—No, no, no fue exactamente de esa manera, aunque sí muy similar. El asunto éste de Nona Zoila ocurrió hace muchos años, cuando vos y yo éramos güilas todavía, allá en el año cuarenta y nueve. Mi abuela era lo que podríamos llamar una viciosa de las novelas televisadas— continúa.

—Un momento, un momento —le digo—, como vos sabés, en este país, en 1949, no había aún canales de televisión.

—Es cierto, perdoname: en realidad, lo que ella escuchaba eran novelas radiales. Para entonces, estaban de moda las novelas radiales y, recordará, las había por la mañana, a media mañana, a mediodía, en la tarde, al atardecer y en la noche, pero una en especial era escuchada por casi todas las mujeres: la que se llamaba “la Novela Palmolive”, ¿te acordás? No, parece que no la recordás. Pues bien, esta novela comenzaba siempre así: ta, ta, ta, taaa.

Aquí mi amigo trata de vocalizar los compases iniciales del “Concierto número uno para piano y orquesta”, de Tchaicovski, y continúa: —Sí, así empezaba la novela: ta, ta, ta, taaa. Y entonces venía el locutor con su voz profunda y dramática y decía: “Colgate Palmolive de Centroamérica presenta... la Novela Palmolive”. Luego se escuchaba de nuevo el concierto de Tchaicovski y volvía el locutor con “hoy presentamos el décimoquinto capítulo de”, por ejemplo, “La mujer que perdió el pasado”. Bueno, pues la Nona Zoila nunca faltaba a la transmisión de la Novela Palmolive. Llegadas las 5 p.m., con una puntualidad de aguacero en octubre colocaba el aparato de radio sobre la mesa y se disponía a escuchar el bodrio aquel de la novela jabonosa. Era el radio receptor de mi abuela un excelente aparato marca Gründig al que le había dedicado sus ahorros de varios años, un artefacto alemán dotado de un foquito verde que se encendía sólo cuando la estación estaba perfectamente sintonizada. La Nona Zoila se acodaba sobre la mesa, se quedaba mirando el puntito verde y brillante, y en aquella posición se pasaba la hora de gritos y lloriqueos que le proporcionaba la radionovela. ¡Ay! de quien la interrumpiera; ¡ay! de quien la obligara a separar su atención del puntito verde, en el cual, según me parece, ella veía moverse a los personajes. Al que osara interrumpirla le llovían rayos y centellas, y no voy a decirle cuán malhablada era la doñita, si de todas maneras en Alajuela se le recuerda muy bien por haber inventado algunas de las obscenidades que en nuestro tiempo las colegialas de todo el país se entretienen en escribir en secreto sobre las paredes de los vecés.

Aquí se interrumpe mi amigo, suspira, empuja el vaso que aún contiene la mitad de una cerveza y, tras limpiarse los labios con el dorso de una mano bastante peluda, prosigue: —Pues como te cuento, aquella desgracia ocurrió precisamente una tarde de esas, cuando mi abuela se mantenía absorta frente al puntito verde inventado por los alemanes. Debo decirte que, aunque nunca supimos el origen del incendio, llegamos a suponer que en el velatorio de la abuela, colocado en su cuarto ante la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, algo trepidó, tal vez el paso de una de esas enormes ratas alajuelenses parecidas a tepezcuintes, se volcó el tazón de aceite en el que su falta flotaba siempre una vela encendida y, como la cascá era grande, muy antigua y de madera, las llamas consumieron desde el piso hasta la techumbre sin



que la Nona Zoila se percatara siquiera de ello. Claro que, al principio, mientras la casa desaparecía ante nuestros ojos devorada por el fuego, tuvimos la esperanza de que la abuela estuviera ausente, pero tanta suerte, muy pronto nos dimos cuenta, era imposible si se tomaba en cuenta que el comienzo del incendio había coincidido con la hora de la novela.

—Vamos, —exclamo, incrédulo—, no me vas a decir que tu abuela se achicharró así no más, sin un intento por escapar del fuego...

—Te aseguro —dice mi amigo haciéndole al cantinero señas reveladoras de una adiposidad inagotable— que de la abuela no encontramos nada. La casa ardió de tal manera que después no era posible saber dónde estaba la Nona. No había rastros de ella y, por un momento, tuvimos la esperanza de que hubiera escapado, pero cuando llegaron los detectives, los bomberos, y el médico legista, descubrieron que mi abuela había muerto quemada junto a su Gründig. Me vas a preguntar cómo lo llegaron a saber, pero no puedo imaginarme a quién se le ocurrió primero que aquel montoncito de cenizas tenía alguna relación con ella. En una parte de lo que fue la casa hallaron un chicharrón de baquelita, o algo muy parecido, revuelto con pedazos de aluminio. Aluminio, digo yo, aunque debió de tratarse de otro metal, ya que según he oído por ahí el aluminio arde en el aire como cualquier pulpa de madera, pero lo cierto es que había metal fundido revuelto con la pasta y, justo al lado del chicharrón electrónico, había un puñado de ceniza...

—Tu abuela, no me digás que era tu abuela— interrumpo.

—Sí, era la Nona Zoila reducida a su expresión más triste: un montoncito de ceniza. Desde luego, no era tan fácil saber que ahí se hallaba la vieja, pero vino alguien, posiblemente el médico, y se encontró en medio del polvo gris dos perlititas amarillas y brillantes de oro.

—¿De oro? Los aretes de tu abuela, supongo— opino.

—¿Qué aretes ni qué ocho cuartos! Mi abuela ya no estaba para aretes. Las únicas dos calzas de oro de su vieja dentadura rodaron, fundidas, como lagrimitas redondas, para convertirse en el único testimonio de que mi abuela nunca se hubiera alejado del disfrute de su novela por un calorcillo sin

importancia. Hubo que recoger las cenizas y, ¿sabés como lo hicieron?, cogieron una caja de polvos marca Myrurgia, ¿te acordás? Pues bien, con la ayuda de un escoboncito y de una pequeña pala metálica les metieron cuidadosamente en la caja de polvos, y así el entierro vino a tener algunos matices de comodidad que no pasaron inadvertidas para mi familia de arracados y amarretas. Por un lado se ahorró la compra del ataúd y, en cuanto al terreno, se requirió en el cementerio uno bastante pequeño, aunque en este punto hubo acaloradas discusiones con las autoridades municipales: se negaban a alquilar una parcela de 20 centímetros por 20, con el cuento de que las parcelas tenían todas tamaño estándar y más bien algunas familias de plata compraban dos juntas para construir tumbas tamaño Polifemo. No obstante, nos salimos con la nuestra y todavía usted puede ver, cuando visite el cementerio de Alajuela, la tumba más pequeña de todo el planeta.

Las moscas zumban por docenas alrededor de nuestras cabezas. Mi amigo las aleja manoteando el aire con fastidio, gorgorea la mitad de otra cerveza, abjura nuevamente de las servilletas y dice: —Ahora bien, en lo tocante a los ritos no hubo rebajas posibles y ahí nos fuimos, vos sabés cómo son los curas, con una misa de precio regular pese al tamaño del envío que le estábamos haciendo al cielo. Por supuesto, asistimos todos los nietos de la Nona, por entonces unos quince, yo entre los tres del medio pero ninguno con más de 12 años, de modo que a la salida de la iglesia se produjo una situación bastante tumultuosa, ya que todos queríamos llevar así, en la mano abierta al final de un brazo bien extendido, el sarcófago diminuto. “Diez varas yo”, gritaba uno, “quince varas yo” gritaba el otro, “yo soy el mayor de los primos” reclamaba el siguiente, “yo soy al que ella me transaba” opinaba el de más allá, y en aquel enredo no pocas veces estuvo a punto de rodar por los suelos el residuo de la Nona. Un espectáculo sumamente indecoroso, te lo aseguro, un relajo que no se habría acabado si no es porque tanto mi madre como el tío Néstor, un hermano grandulón y pocaspulgas de la Nona, se enojaron y comenzaron a repartir golpes, mi madre con la cartera, el tío Néstor con la mano abierta, haciendo rodar mocosos como frascos en un terremoto, hasta que por fin mi madre alcanzó a apoderarse de la caja de polvos y, a los gritos de “orden, orden o me los acomodo”, tío Néstor terminó con los chillidos que ya habían atraído a la mitad de Alajuela, y le ordenó a mi madre que metiera la caja dentro de la cartera. Continuamos entonces, en fila a lo largo de las ya bien concurridas calles alajuelenses, los güilas moqueteados, los adultos rojos de vergüenza y todos muy tristes porque, después de todo, la abuela, tras subir al cielo en forma de chorrillos de humo, se merecía algo mejor que un entierro tan apresurado.

—Entonces, el asunto terminó en orden— observo aprovechando otra gorgoriente interrupción.

—No exactamente, creo yo. Cuando aún faltaban unas 100 varas para llegar al portón del cementerio, las cosas volvieron a complicarse porque todos, especialmente los güilas, comenzamos a expresar en voz alta nuestro deseo de ver a la Nona por última vez antes de la inhumación, así que a fuerza de gritos y de llanto nos pusimos a exigir que la sacaran de la cartera que mi madre aprataba fuertemente debajo del brazo. Cuando el griterío alcanzó su grado más rotundo, mi madre echó a correr con una rapidez inimaginable en una mujer de su edad y, al atravesar el rectángulo del portón, lo hizo a la manera de los futbolistas gringos con la cartera en vez del balón ovalado que habíamos visto en algunas películas. A quien más de cerca la seguía, el tío Néstor, le sacaba 15 metros y, según recuerdo, el propio tío, para asegurarse de no permitir más irrespetos a los restos de la Nona, nos mantenía a distancia lanzando en su carrera gritos de judo y abundantes moquetones. Así las cosas, el futbolista americano con faldas llegó al lugar donde ya habían arañado en la tierra el hueco más sumario jamás visto en cementerio alguno; sin detenerse a tomar aliento abrió la cartera y, entregándole la caja de polvos al panteonero, le ordenó que la sepultara ipsofáticamente antes de que llegara la turba. El panteonero obedeció echando la caja en el hueco, la tapó con el puñado de tierra que alcanzó a empujar con el borde de un zapato y, acto seguido, cubrió la tierra con una docena de ladrillos para acabar declarando, a quienes pudimos oírlo, que aquel había sido el entierro más fulminante de su vida.

—Otra cerveza, Chano— grita el relator y, antes de que el cantinero malinterprete la orden, me apresuro a aclararle: —Para mí no, que ya se nos acabó el cuento.

—Eso crees vos. Después nos fuimos para la casa y, como en todo duelo, hubo muchas visitas de parientes y amigos que llegaron a darnos el pésame. Vinieron los nueve días y, por

La muerte de Nona Zoila

Viene de la pág. 1ª

cierto, con motivo de aquellos rezos nos comimos todas las gallinas de la Nona pues, había olvidado contártelo, la abuela tenía un gallinero que aprovechamos, para sacarlo de la mortal, sirviéndolo como parte de las atenciones a nuestros acompañantes piadosos. Recuerdo que el último día nos comimos el gallo, y que, en todo caso, un incidente muy raro ocurrió un mes después del último rezo: mi madre, obligada a ir a San José a hacer alguna gestión relacionada con la herencia, así como era de preocupada por los asuntos de la familia se puso a hacerse un somero maquillaje mientras nos daba instrucciones sobre cómo deberíamos comportarnos mientras ella estuviera ausente. Recuerdo también que yo la observaba con atención mientras se hacía el peinado, y por esa razón alcancé a ver claramente cuando abrió la cartera, guardó dentro de ella el peine, extrajo la mota y la caja de polvos y comenzó a empolvase de manera harto descuidada, con unos polvos oscuros que le tizaron toda la cara. Le pregunté si era ella la primera mujer que se teñía los cachetes con coloretes de luto. Así que al oírme corrió el espejo y se desmayó tan pronto como, al mirarse, comprendió que el día del en-

tierro había confundido las cajas y ahora la abuela se había convertido en cosmético barato. Aquello fue vergonzoso, te digo: todo el mundo lloraba en la casa y, ya enterado del asunto, tío Néstor vociferaba en el patio sus blasfemias más refinadas. Hubo, desde luego, que recoger de la cara de mi madre los fragmentos de la abuela, y no sé de qué manera subrepticia se repitió el entierro. Por suerte, nadie se enteró en Alajuela de aquella “reprise” funeraria sino hasta varios años después cuando nos apoderan “Los Lázaros” y, en lo que concierne a mi madre, lo único triste de contar es que, todavía, cada vez que le sale una espinilla en la cara llora amargamente porque las espinillas son, según ella, indicio de que la limpieza mortuoria de su cara no resultó completa. Comprenderás ahora por qué tengo que odiar las novelas televisadas y también las novelas radiales, ¿no es cierto? —pregunta y se echa de bruces sobre el mostrador de la cantina. Entiendo que así llegamos al final del relato y, sin opiniones propias que dar, me limito a levantar simplemente mi vaso vacío y exclamó: —¡A la salud de la Nona Zoila, embellecedora eterna de los rostros de los arcángeles!